

terpretan como el enfrentamiento entre el César y los mártires de Cristo. Hombres que anhelan el martirio como expiación y remisión y que entregan la vida con alegría, muriendo con el nombre de Cristo Rey en los labios. «Hablan la lengua franciscana del siglo XVI, la de San Agustín, la del texto inspirado. Tienen el ardor de los neófitos, su lenguaje, su cultura. Cristo da nombre a su guerra; el ejército que los ahorca, los quema y los desuella los llama Cristos Reyes, los de la coronación de espinas. Son la Iglesia sin sacerdotes de la sucesión apostólica y representan una cima de la cristiandad, como lo atestigua la belleza de su lenguaje, la riqueza de sus conceptos» (4).

En este punto la obra de Meyer pasa del análisis sociológico a lo sobrenatural, y, ante el testimonio elocuente de los hechos, reconoce que, «por encima de los aspectos económicos, conviene considerar estos alzamientos en sus raíces más profundas; si se quiere aprehender realmente el sentido de la Cristiada, hay que tener en cuenta al lado de los factores económicos, otra necesidad y otra exigencia. Porque si bien los apetitos económicos son realmente los más sustanciales y los más constantes, no son los únicos, ni, a la larga, los más poderosos; no constituyen tampoco las motivaciones más específicas del alma humana, sobre todo en los períodos en que domina la emoción religiosa» (5), y termina su obra comentando que entre los lugares privilegiados de la historia de la Iglesia se encuentra «esa alta meseta mexicana evangelizada por los mendicantes, hijos de Francisco de Asís y de Juan de la Cruz». Las razones de esta afirmación han sido expuestas en los tres tomos de la obra.

E. M. D.

José Guerra Campos, obispo de Cuenca: ATEISMO, HOY (*)

En noviembre de 1977, el autor dio en un aula pública de Cuenca cuatro conferencias sobre el ateísmo contemporáneo, organizadas por la Comisión Diocesana de Jóvenes de Acción Católica.

Revisado el texto de las mismas, podado de expresiones oratorias y completado con citas y bibliografía, constituye el volumen que comentamos.

El libro se divide en una Introducción y tres partes: 1.ª, formas

(4) Meyer, Jean: *op. cit.*, pág. 320, tomo III.

(5) Meyer, Jean: *op. cit.*, pág. 323, tomo III.

(*) Ediciones Fe Católica, Madrid, 1978, 185 págs., rústica.

y motivos internos de ateísmo; 2.ª, algunas causas externas del citado fenómeno, y 3.ª, observaciones del creyente al ateo.

En la Introducción, se expone la magnitud social del ateísmo contemporáneo, que presenta una gran extensión y gravedad, se define el ateísmo y se señala la dificultad de distinguir entre el ateísmo teórico y el práctico, que se entremezclan en un terreno de gran ambigüedad. En este capítulo cita dos frases muy expresivas de dos pensadores modernos, notables por su radical racionalismo: Jean Rostand y J.-P. Sartre. El primero escribió: "Lo que me escandaliza es que aquellos que creen en Dios no piensan en Él tan apasionadamente como pensamos en su ausencia los que no creemos". Y el segundo manifiesta en *Recherches et Debats*: "Mi ateísmo es *provisional*. Está vinculado al hecho de que Dios no se me ha revelado todavía".

En la primera parte se relacionan como causas internas del ateísmo la falta de formación religiosa, la desidia y los hábitos viciosos (como se ha dicho con acierto, cuando no se vive como se piensa, se termina por pensar como se vive), la decepción de una fe utilitaria que reprocha a Dios la injusticia o la existencia del mal y del dolor ante los cuales el Creador parece que permanece en silencio, y, finalmente, el evolucionismo y pretendido cientifismo. Entre los sostenedores de éste cita a Monod, quien recoge una frase de Demócrito según la cual "todo lo que hay en el universo es fruto del azar y la necesidad". El último pensamiento de su libro constituye una afirmación nihilista y dogmática que prescinde de toda finalidad del universo, lo que resulta filosóficamente absurdo y descorazonador. Es el siguiente: "El hombre sabe, al fin, que está solo en la inmensidad indiferente del universo, de donde ha brotado por azar. Ni su destino ni su deber están escritos en parte alguna".

Como ha dicho algún comentarista de Monod, la diferencia está entre los hombres que saben que creen y aquellos otros que creen que saben".

Una de las formas más perniciosas del ateísmo moderno es la que representa el marxismo, que convierte al hombre en Dios, considerando todo lo que existe fuera de él como una "alienación" que le perjudica en su objetivo materialista de construir una sociedad sin clases y sin gobierno para así tener un paraíso en la tierra, lo que evidentemente significa una utopía irrealizable, como demuestran la experiencia y el mismo sentido común.

Hay también algún ateísmo individualista, como el sostenido por Nietzsche en su teoría del superhombre, el cual murió en una crisis de locura mental por la obsesión morbosa que le produjo la consideración de la antiquísima tesis del eterno retorno, totalmente opuesta

a su soñado superhombre. Algún otro, de tipo existencialista, como el de Sartre, para quien "el hombre es libertad sin referencia a norma alguna". Esta libertad, que para Feuerbach, Marx y Engels tenía un sentido social y para Nietzsche era individualista, para Sartre no tiene ningún sentido, lo que constituye un absurdo, aunque más consecuente que el de los anteriores. Hay, finalmente, quien defiende un "ateísmo cristiano", lo que implica, naturalmente, un contrasentido.

En la segunda parte, señala el autor, como causas externas del ateísmo, entre otras, la reacción crítica contra falsas imágenes de Dios, la supuesta reacción moral contra la conducta de ciertos cristianos, la propaganda antirreligiosa y el vacío religioso social.

En la tercera parte analiza la actitud de la Iglesia ante el ateísmo, y concretamente la contenida en la Declaración *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II.

Como punto capital, la Iglesia "reprueba y rechaza, en forma absoluta, el ateísmo". La Iglesia se considera obligada a dar testimonio de la presencia de Dios, buscando el remedio al ateísmo en la "exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de vida de la Iglesia y sus miembros". De ahí la grave responsabilidad de los cristianos en su formación y ejemplo, y también de los ateos, que no deben cerrar los ojos a la luz, sino, por el contrario, poner las condiciones necesarias para buscar a Dios y responder a su llamada, superando actitudes negativas de intransigencia y obstinación. "Quienes voluntariamente pretenden apartar de su corazón a Dios y soslayar las cuestiones religiosas, desoyen el dictamen de su conciencia y, por tanto, no carecen de culpa." Dios se manifiesta en la existencia humana de Cristo, en el Amor y en los Milagros. Y no niega su Gracia a los que con nobleza y lealtad buscan la Verdad y son fieles a ella. Como dice Pascal en uno de sus célebres pensamientos: "No hay más que dos clases de hombres razonables: aquellos que sirven a Dios con todo su corazón, porque lo conocen, y aquellos que buscan a Dios, con todo su corazón, porque no le conocen".

El estudio de Guerra Campos sobre el ateísmo contemporáneo es profundo, sereno, documentado y objetivo. Su lectura será siempre provechosa, particularmente ahora, entre nosotros, en que parece estar de moda esta situación antihumana y humillante del hombre, con el consiguiente deterioro de la convivencia social y su proyección política, pues como afirmó Dostoievski por boca de uno de los personajes de sus más célebres novelas, y desgraciadamente lo estamos viendo y sufriendo a diario: "Si Dios no existe, todo está permitido".

G. A. C.